

BOLETIN

DEI.

CONSEJO NACIONAL DE HIGIENE

Año VI

Montevideo, Septiembre de 1911

N.º 59

Doctor Macario García

† el 2 de Septiembre



A consecuencia de una afección pulmonar aguda ha fallecido en los primeros días del corriente mes el doctor Macario García.

Muy joven aún, este malogrado colega ha caído en momentos en que se preparaba para obtener por concurso un importante cargo en el Hospital «Vilardebó».

Sumamente contraído al estudio, muy inteligente, desde su pasaje por la Facultad de Medicina hubo de distinguirse entre sus compañeros por la nobleza de carácter y por el sello de bondad que imprimió á todas sus ideas y á todos sus actos.

La muerte ha sorprendido al doctor Macario García en el cumplimiento de su deber.

Llamado á altas horas de la noche para prestar sus cuidados á un enfermo que solicitaba sus auxilios profesionales, regresó á su casa, sintiéndose bruseamente acometido por la grave dolencia que pocos días después le produjera la muerte.

El sepelio de tan querido colega, dió motivo á una sentida manifestación de condolencia. En el acto de inhumarse sus restos hicieron uso de la palabra los señores doctor Santín C. Rossi, don J. Guastavino y don R. Buela.

Publicamos á continuación el discurso pronunciado por el doctor Santín C. Rossi:

«El Director del Hospital «Vilardebó» me ha dado el encargo de exteriorizar, en la despedida al doctor Macario García, el dolor inmenso que ha producido esta muerte en el personal de aquel establecimiento.

Nunca me he conmovido como ahora.—Cuando acompañamos los restos del doctor Antonio Cabral, yo debí haber hecho uso de la palabra en aquel acto, á nombre de un grupo de estudiantes de Medicina. Pero no lo hice, porque el ambiente era de desolación, y yo, para honrar aquel luchador de bronce, venía á entonar un himno al esfuerzo victorioso y á la fecundidad de la vida, sosteniendo que ésta tiene derecho á saltar sus etapas cuando el producto tiene una intensidad superior á la extensión común. El ambiente me enmudeció de respeto, pero no me convenció.

Hoy, permitidme que lo diga con tristeza, también yo vengo á sollozar sobre una tumba.

Mi optimismo de la fecundidad y de la acción, mi admiración del ejemplo y mi fe en los que quedan, mi creencia en el ritmo de la renovación incesante, mi porfía de la vida,—se inclinan silenciosamente ante este ataúd y se ocultan por un rato, para dar lugar á un desaliento hondo y abrumador.

La muerte de Macario García me anonada. Lo comprendí tan pronto, y, por consiguiente, lo amaba hacía tanto; aquilaté tantas veces sus nobilísimos sentimientos, jamás empañados por una sombra de impureza; lo admiré sin decírselo tantas veces, en ocasiones de prueba y en fútiles rasgos de la vida diaria; había elogiado silenciosamente tantas actitudes sentimentales en el ejercicio de su profesión; había estado, en fin, tan cerca de su corazón,—y vi, luego, su rostro tan

convulsionado por el sufrimiento, sus ojos tan desesperados por la visión de su fin, sentí sus manos tan crispadas por la ansiedad, y vibró tan lúgubrementemente en la pieza su último estertor, que no puedo menos que confundir mis lágrimas con las de todos los que amaron al querido muerto!

¡Ah! si la Muerte tuviera un alma! ¡Cómo habría respetado á este joven generoso, que prodigaba sus energías sin guardarse una reserva ni en el sentimiento ni en la acción; que sentía para todos, que soñaba para todos, que trabajó para todos! ¡Cómo habría esquivado la herida implacable á esta alma de niño por la pureza y la confianza, que pasó por la vida sembrando simpatía y no causando daño alguno, y cuya conducta irreductible está simbolizada en el mismo trágico desenlace, como si hubiese creído indigno de su infinita bondad causar más de tres días de sufrimiento á su desconsolada familia, y causar más de tres días de trabajo á sus amigos consternados!

¡Pobre Macario! Vinculado, desde recibido, á la Facultad, y orientado hacia una especialidad que es un apostolado penoso y silencioso, le faltó tiempo para robustecer y disciplinar las adquisiciones de su bella inteligencia. Pero los que fuimos sus compañeros en el Hospital «Vilardebó», en ese viejo Manicomio, huérfano de los bullicios que consagran, donde quedan ignorados los esfuerzos meritísimos y las investigaciones creadoras, porque les falta la plataforma estudiantil y el coro de los salvados que cuentan y agradecen—nosotros, sí, podemos testimoniar los fuertes relieves que demostraba á cada paso, siempre pronto á la iniciativa que induce y á la audacia que realiza.

Dejadnos lamentarlo, pues. Otros vendrán á continuar sus huellas; otros reemplazarán su labor de médico: pero él nos había dado á nosotros la frescura de su juventud, á los enfermos la gallardía de su inteligencia, y á todos el cariño y la simpatía que eran sus guardianes inseparables! . . .

Amigo, compañero, hermano: ¡duermel

Sobre tu tumba, abierta en una hora inoportuna—ó demasiado temprano, ó demasiado tarde—caerán por tiempo gotas de agua, que queda, y desfilarán á menudo vientos que pasan: que aquéllas reproduzcan el llanto con que te entregamos á la tierra, y éstos nos traigan tu recuerdo querido, inmortalizado por los prestigios de tu vida y enternecido por la melancolía de tu muerte!»

La Dirección de esta Revista dedica un recuerdo afectuoso y sincero á la memoria del doctor Macario García, y envía á su atribulado hogar la expresión de su más viva condolencia.
